

Ciencia, economía y totalitarismo

El totalitarismo no es tan sólo, por lo visto, un fenómeno político, una forma de despotismo propia de ciertos pueblos, una vez vencidos los cuales debiera ser problema liquidado. La guerra no lo ha resuelto porque, aparte de existir entre los vencedores países totalitarios, parece que no se trata de una peculiaridad de ciertas naciones o razas, sino de una especie de psicosis de nuestro tiempo que impregna lo mismo a los vencidos que a los vencedores sin excepción. Es la enfermedad de nuestro siglo, lo mismo que el romanticismo fué la del siglo XIX.

El fenómeno lo comenté no ha mucho, a propósito de un libro del economista Hayek, que luego ha tenido vasta resonancia (1); advierte Hayek en la Gran Bretaña síntomas análogos a los que precedieron al hitlerismo en la Europa Central, de donde es oriundo. Hoy es un biólogo anglosajón puro, el Doctor Baker, quien, desde otro punto de vista, viene a insistir sobre la misma tesis, señalando el gran peligro que envuelve para la Ciencia un cierto «estado de opinión social que cuenta con muchos mantenedores» (2).

¿Qué debemos entender por totalitarismo científico? El Doctor Baker resume en tres proposiciones aquel «estado de opinión» a que aluden las palabras precedentes y que se propone combatir (1): la Ciencia tiene por objeto servir las necesidades materiales del hombre (2); la planificación central es la manera de lograr la mayor eficacia en éste como en los demás órdenes sociales; los científicos deben favorecer de una manera activa esa tendencia, aliándose a las doctrinas políticas favorables a la planificación. Ya había dicho Bujarin: «Lógicamente, el marxismo es un sistema científico, una concepción científica y una práctica científica.» Consecuencia natural; los científicos deben ser marxistas. Donde se dice marxismo póngase indistintamente cualquier otra doctrina totalitaria, y tendremos enunciado el principio de una manera general.

Que sean precisamente un fisiólogo y un economista quienes levanten bandera contra esa tendencia esencialmente materialista, es cosa que merece vocearse. Porque si hay alguna especie de científicos expuestos a caer en materialismo, por deformación profesional, son los fisiólogos y los economistas; los unos, por dejarse absorber demasiado por los

Por GERMAN BERNACER

aspectos mecánicos de la vida; los otros, por hallarse enfrascados en el problema más materialista del vivir social.

* * *

La Ciencia no tiene por finalidad fundamental satisfacer las necesidades materiales; ante todo, atiende a una necesidad nada material: la necesidad de saber, el ansia del hombre por el conocimiento. En este sentido es tan desinteresada como el Arte, tan desinteresada o tan interesada, si consideramos que el interés humano, en su más amplio sentido, no se despierta tan sólo por lo material, sino por todo lo que conmueve la sensibilidad, y el amor de la Belleza, de la Verdad y del Bien ocupan un lugar en el espíritu del hombre, aunque no sea en el de todos los hombres.

Así entendidas las cosas, la Ciencia y el Arte tienen una utilidad, una utilidad de orden superior; la puramente material es para ellos adjetiva y casual. La Ciencia parece muchas veces más hermosa e interesante cuanto más alejada de toda aplicación. No es la utilidad práctica lo más bello de las Matemáticas, aunque sea innegable la que algunos de sus aspectos tienen para el técnico.

La tendencia que Baker llama totalitaria es tanto más peligrosa, cuanto que, en los aledaños del verdadero hombre de ciencia, y confundiéndose para el vulgo con él, se halla el inventor, que investiga con el fin utilitario preconcebido y al que podría aplicarse en parte la tendencia planificadora; y el técnico o, más propiamente, el tecnólogo, que alejado totalmente de la investigación, aplica a fines prácticos conocimientos adquiridos, y para el cual la planificación más que una posibilidad es una necesidad de su labor. Los técnicos suelen ser quienes se sienten atraídos hacia las tendencias totalitarias, porque el autoritarismo permite allanar el camino a las grandes realizaciones técnicas. Por otra parte, los regímenes despóticos suelen sentir inclinación a esas grandes realizaciones de tipo técnico (ejemplo, la electrificación y la creación de grandes unidades industriales en Rusia). La materia es más fácil de dominar que los espíritus.

Pero eso no es la Ciencia, y la misma labor del técnico quedaría paralizada al fin o estancada al menos sin el trabajo libre del investigador genial, que no admite cortapisas ni encasillados, que ha

de ser guiado por su genio hacia las zonas que despiertan en un momento determinado su interés, ese interés que es lo único que puede hacer su labor fecunda en la apertura de nuevos horizontes al afán de saber, razón primordial de la Ciencia.

El hombre no puede ser considerado como un ser limitado a sus necesidades físicas o a lo sumo a su ansia de comodidad, de lujo o de placeres; es un ser afectivo, pasional, muy a menudo inteligente, y dotado casi siempre, mal que le pese a veces, de una conciencia moral. Es un árbol cuya raíz se hunde en la tierra y cuyas flores se abren junto al cielo. Creo que es Heine quien ha dicho que es un ángel en cuyo seno mora un cerdo; si prescinde de sus estímulos superiores, sólo queda el cerdo.

* * *

No es que el ser humano haya de ser un asceta entregado exclusivamente a la contemplación y al goce del espíritu. Eso queda para los santos. Puesto en un plan humano, ha de aspirar a ejercitar ponderadamente todas sus facultades y satisfacer armónicamente sus anhelos. Einstein ha dicho: «La satisfacción de las necesidades físicas es la condición previa indispensable de una existencia satisfactoria, pero no es suficiente. Para estar satisfechos los hombres necesitan desarrollar sus facultades intelectuales y artísticas en armonía con sus aptitudes personales.»

Esto es ecuaníme y justo. No cabe duda que muchos buenos versos se han escrito en buhardas, mas no creo que hubieran perdido nada, ni ellos ni sus autores, por haberlos escrito en habitaciones confortables. Tampoco el radio hubiera desmerecido en nada si, en vez de descubrirlo en el cobertizo de tejavana de un patio inhóspito, se hubiera preparado por primera vez en un laboratorio bien instalado, donde no fuera menester soplar los dedos de cuando en cuando. Mas ¡hay! que si para eso se les ha de arrebatarse la libertad de su afán creador, el hombre de ciencia y el artista con vocación preferirán muy a menudo la miseria y el desamparo.

Y ya que hemos citado el descubrimiento de los Curie, he ahí un ejemplo entre muchos de una investigación por verdadera vocación, sin propósito utilitario ni plan preconcebido. Si luego se ha aplicado al alivio del cáncer, no es mérito que les podamos atribuir con justicia a los descubridores; ellos no pensaron en eso. Como tampoco se les puede imputar la culpa de que su invento haya sido el origen de la bomba atómica, una cosa que servirá si acaso pa-

(1) *La Ruta hacia la Servidumbre*. V. «Economía Mundial».

(2) *Science and the Planned State*, por John R. Baker. G. Allen & Unwin Ltd. London, 1945.

ra destruir a los hombres, no para mejorar su suerte. Si hubiera de redundar en mejora de la Humanidad, sería por un procedimiento semejante al del Diluvio Universal.

* * *

Querámoslo o no, lo cierto es que hay en el mundo actual una gran impregnación materialista. ¿De dónde nace ese escepticismo, esa falta de fe en los destinos del hombre, que hoy comparten muchos que no saben nada de totalitarismo? He aquí un problema que ni el Doctor Baker ni el Profesor Hayek se han planteado, pero que es del mayor interés si queremos penetrar en las raíces del problema que a ambos preocupa.

A mi juicio, hay que buscar su origen en la mayor intervención de las masas en la vida social. Las necesidades superiores no pueden ser sentidas por las masas; son necesidades de aristocracias en el mejor sentido, y el producto de una elevación y depuración de los espíritus. No trato de discutir los efectos, seguramente benéficos en conjunto, que haya reportado la rotura de las barreras sociales, pero la democratización de la política y de la riqueza ha creado el advenedizo que, en orden a la formación espiritual, es un elemento de masa inserto en las clases superiores: el nuevo rico, el demagogo, el pedante, para el cual la ciencia es una plataforma desde donde adquirir ventajas sociales, al igual que para el demagogo la política. Arrivismo en suma.

La humanidad está pagando el pecado de no haber sabido crear una estructura social que elevara armónicamente a todas las clases sociales, a la vez en un sentido material, espiritual y moral. Las masas, que viven bajo la obsesión de necesidades materiales y ambiciones insatisfechas y ante el espectáculo de la riqueza inmerecida e indignamente empleada muchas veces, se hallan dominadas por el ansia de acceder al disfrute de los goces materiales, los más accesibles a su sensibilidad primitiva.

En este sentido, la democratización social ha realizado una obra negativa, ya que supone la dirección de la sociedad por los más, es decir, por aquellos para quienes los intereses superiores no existen.

La Ciencia ha de ser libre, dice el Doctor Baker y dicen otros muchos que sienten su alto valor. ¿Mas lo podrá ser y lo podrán ser las demás manifestaciones humanas superiores si la pauta la ha de dar la masa ignara? La masa tiende al ahorrojamiento, ya que no a la persecución, de todo lo que no comprende, y no comprende nada que no sirva para satisfacer sus instintos primarios. De este modo, democracia y libertad, que suelen presentarse cual hermanas gemelas, al menos en esta ocasión vienen a resultar incompatibles.

La demostración que hace el Doctor Baker de las deficiencias de la ciencia soviética bajo la planificación y el totalitarismo, de nada sirve, porque esas deficiencias son precisamente las que les tienen sin cuidado a los propugnadores de tales sistemas. He aquí uno de los puntos del plan quinquenal soviético para la labor científica: «Producir una teoría histórica y social para combatir las ideas del capitalismo y disolver los prejuicios que sobreviven en la mente del pueblo, transmitidas desde formas primitivas de la sociedad.» En una mentalidad totalitaria no importa la verdad histórica y social; importa hacer prevalecer los propios puntos de vista. Nada más contrario al descubrimiento de la verdad, misión suprema de la Ciencia. Por eso lo moderno no es el apostolado, la prédica de la verdad hondamente sentida, sino la propaganda, de raigambre comercial.

* * *

Cuanto más elevadas son las manifestaciones del espíritu humano, más necesitan de la libertad para subsistir; aherrarlas es su agostamiento y su muerte. ¿Pero será posible esa libertad, siquiera en las actividades superiores, sin tenerlas también en las más inferiores y pedestres? He aquí una cosa que cada día aparece más dudosa. La sumisión de la Ciencia y del Arte a la dirección política y propagandística ha venido en Rusia y en Alemania mucho después de la económica, y en gran parte como secuela de ella.

Todavía están por ver los resultados de la planificación económica en el verdadero sentido que es demostración de

su eficacia; el mayor bienestar material de los hombres. Y es que aunque lo económico sea una manifestación inferior, constituye una parte integrante de la vida compleja de la colectividad; y la vida, la social como la individual, es algo incoercible y difícil de someter a regla desde los sillones curules. Tan arduo como regir cerebralmente la digestión o el palpitar del corazón, es dirigir cualquier manifestación de esa vida integral, una, varia y compleja, demasiado misteriosa y desconocida por nosotros para tomarla en nuestras manos de las manos de Dios. ¿No se verá la Humanidad, por ese pecado de soberbia, encadenada a una roca y roídas sus entrañas por aves de rapiña?